

Ira (sin templanza).

Un producto de la ira: la mujer

Margo Glantz

Eva nació, es bien sabido, del costado derecho de Adán: el primer parto fue masculino. En el mito griego contado por Hesíodo, las cosas se afinan aún más, el hombre ateniense fue el producto de un fracaso amoroso, el del dios Hefesto, un artesano cojo que persiguió para violarla y sin éxito a la diosa Atenea: en el forcejeo cayó un poco de semen en el muslo de la virgen quien, asqueada, tomó un trapo para limpiarse y lo arrojó a la tierra y ésta, fecundada, dio a luz a Erictonio de *eris*, lana, y *ctonos*, tierra: en consecuencia el primer hombre griego no fue engendrado en un cuerpo de mujer, sino en la tierra misma, y la primera hembra, Pandora, modelada de tierra, tampoco. Eva es la madre de la humanidad y Pandora solamente la madre de la raza de las mujeres, el producto de una operación artesanal, una mera máquina, una cerámica, un simple artefacto construido por el desairado Hefesto para aplacar la ira de Zeus quien decidió vengarse de Prometeo después de que les entregó a los hombres el fuego. La primera mujer griega es simple y llanamente el producto de un acto de violencia, de un impulso colérico del dios supremo del Olimpo. Para suavizar la ira de Zeus y castigar mejor a Prometeo y cancelar el beneficio obtenido al descubrir el fuego, cada uno de los dioses y diosas —porque diosas sí había, aunque no hubiese mujeres—, le confirió a Pandora una cualidad: la belleza, la gracia, la habilidad manual, la persuasión, la seducción, la hipocresía, la esperanza. Zeus es entonces el culpable de la existencia de esa plaga engañosa, esa moneda falsa, esa raza maldita, “el bello mal”.

Cuando se lee a Nicole Loraux, historiadora de la Grecia clásica, se advierte que los mitos de origen, aún patrimonio de la cultura occidental, han sido leídos tradicionalmente de manera falsa, prejuiciada. Con paciencia y rigor, apegándose al texto y al contexto, a la letra y al sentido estricto de las palabras, Loraux descubre una doble historia: “la manera en que el discurso político de los atenienses funda la ciudadanía legitimando el poder

de los hombres y excluyendo a las mujeres”, operación que de manera sigilosa y centenaria han repetido, quizá sin malicia, considerándolo un hecho natural, los historiadores varones que se han dedicado a estudiar a los griegos. Reflexionar con Loraux sobre una cultura desaparecida y sin embargo vigente, pone en crisis muchas de las teorías que sobre la mujer se han construido, incluso algunos de los estereotipos de los diversos feminismos.

En uno de sus últimos textos publicados, *Nacido de la tierra, mito y política en Atenas* (1996), se ponen de manifiesto varias hipótesis: la primera se refiere a los beneficios que pueden obtenerse de materializar a la mujer, resaltar su condición corporal, es decir, mantenerla en un papel pasivo que la predispone a no presentar resistencia y dejar que tanto la acción como el pensamiento sean patrimonio exclusivo del varón. La segunda va unida a la operación que consiste en pensar el Origen excluyendo a las mujeres y luego explicar su aparición como una catástrofe, la consecuencia de una pelea entre dioses de desigual jerarquía. Cuando en el mito se fabrica literalmente a la mujer, los hombres se ven obligados a separarse de los inmortales con quienes antes convivían y aceptar su propia condición de mortales y, al enfrentarse a ella, a esa construcción artificial, descubren con dolor e ira que en realidad son seres sexuados, convertidos en *andres* (los varones, los machos) y han dejado de ser lo que antes eran, seres humanos (*anthropos*).

Como corolario de esta última hipótesis, y en parte contradiciendo a la primera —en los mitos se suele proceder así— podría formularse otra hipótesis: ¿acaso las mujeres no son seres naturales, las que más próximas se encuentran a la tierra, de la cual son una simple imitación? ¿Quién podría entonces decidir si la inquietud de los varones (*andres*) frente a las mujeres (*gyne*) se funda en lo natural de su “naturaleza” o en su origen totalmente artesanal? Si se retoma el mito, ¿sería necesario concluir que ese suplemento agregado a lo humano, lo femenino, es solamente un artificio o algo necesario para la reproducción sexuada y por ello mismo natural? ¿será de esta contradicción que proviene la violencia? ●